

Letras con voz de pueblo

Tres docentes de nuestra Facultad dimensionan la puesta en valor del legado de Soriano en la universidad pública.

Oswaldo Soriano, su oficio y su contexto se tornaron fundamentales en los escenarios universitarios por su prosa, su estilo y por la impronta de una historia ineludiblemente presente en sus crónicas, sus novelas y sus cuentos. Pero hay otro Soriano que representa algo que lo excede a él y a su tiempo.

Con estilo llano y vocabulario coloquial, imprime en cada personaje una característica adorable, cercana, familiar. Genera ambientes amigables en el pueblo, en las casas y en las familias, al mismo tiempo que percibe y escribe sobre un afuera, muchas veces agresivo, violento, de disputas políticas permanentes. Sus relatos y novelas tienen el sello del grotesco, de lo absurdo en personajes vencidos, muchas veces con el fracaso en sus espaldas. Les da voz, los hace hablar de sus penas y preocupaciones a partir de ejes temáticos como el fútbol, los amigos, el barrio o la identidad nacional. Quizá por eso muchas son historias tragicómicas. Sensaciones como la tristeza, la pena y la soledad, rodean a sus historias literarias y se perciben en los títulos de su obra (*No habrá más penas ni olvido*; *Triste, solitario y final*; *Cuentos de los años felices*); les da forma, las moldea con diálogos ingeniosos, descripciones exuberantes, detalladas y precisas escenas.

Pero a partir del ejercicio de su oficio de escritor y periodista, este intelectual argentino también generó a su alrededor debates que aún siguen vigentes. Debates y tensiones que ponían el acento en dicotomías muchas veces falaces. Disputas sin más objetivo argumental que el *statu quo* y el elitismo, congruentes con ciertas lógicas establecidas también en torno a algunos ámbitos de la educación superior. ¿Escritor o periodista? ¿No ficción o literatura? ¿Elitismo o masividad? ¿Oficio o profesión? ¿Académico o popular?

Esta tensión -falsa y estereotipada, que podría sintetizarse en la disputa teórica presente en las aulas universitarias entre la aca-

demia y lo popular-, hoy vuelve a Soriano no solo necesario sino imprescindible. Porque en esa falsa dicotomía está escondido otro argumento del establishment: ¿quién tiene la palabra? ¿quién está habilitado para escribir? O incluso ¿quién tiene legitimidad para escribir? Algunas décadas atrás, aparentemente pocos escritores argentinos eran dignos representantes de la narrativa argentina del Siglo XX. El establishment literario argentino contaba entre sus filas con Jorge Luis Borges y Julio Cortázar (por mencionar algunos) y representó el único y acotado círculo de ilustres de la disciplina reconocido, premiado, con las consecuencias que esta situación conlleva: circulación masiva de sus escritos, repercusión en los medios de sus palabras, legitimidad o aceptación de sus opiniones.

“Nada le cuesta más a un escritor argentino que reconocer los méritos de otro, sobre todo si está vivo y lo tiene cerca: no es casual que Roberto Arlt se haya muerto con fama de analfabeto y que sólo los talentos contemporáneos de Cortázar, Manuel Puig y Juan José Saer (...) ocupen las páginas de las revistas literarias y las cátedras de Letras”¹, aseguró en este sentido Oswaldo Soriano desde la contratapa de *Página/12*, cuando Bioy Casares recibió el Premio Cervantes.

El debate ha pasado a otro lugar: se instala y circula. Ha resurgido con fuerza.

Detrás de las verdades instaladas, se vuelve

a escuchar el murmullo de los no reconocidos, los no premiados, los silenciados; empiezan a cobrar fuerza sus palabras, sus voces circulan y se multiplican.

En una universidad pública que brilla tras doce años de una política económica que favoreció su desarrollo interno invirtiendo en infraestructura y reconociendo a sus docentes-investigadores pero que también, y fundamentalmente, promovió su desarrollo hacia fuera al impulsar políticas públicas y programas para que cada año más jóvenes piensen su futuro a partir de una carrera universitaria, nosotros no tenemos dudas.

En esta universidad pública, gratuita y abierta, tenemos plena certeza sobre los roles del periodismo y los medios. De los intereses que representan y los bolsillos que favorecen.

Para nosotros Oswaldo Soriano es un intelectual insoslayable en la formación de los jóvenes. Por lo que su obra literaria representa en tanto anclaje sociohistórico y por las dimensiones posibles de análisis que favorece. Porque en la universidad es cada vez más necesario debatir, ampliar la mirada y contextualizar la actualidad; trazar paralelismos históricos y adquirir una visión crítica de las circunstancias y de la sociedad en la que vivimos. Analizar el rol que en ese sentido ejercieron y ejercen los intelectuales, entonces, resulta ineludible.

¹ <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-5415-2014-09-14.html>

Oswaldo Soriano (Mar del Plata, 1943 / Capital Federal, 1997)

Aquel al que el establishment intelectual argentino no reconoció, premió ni homenajó en vida, en la universidad pública resulta imprescindible. Conviene diariamente en las aulas con los jóvenes porque Soriano y sus textos representan una Argentina que cambió a mediados del siglo XX con la llegada de Perón, y que dejó rastros, huellas más o menos visibles por periodos, también en la cultura y en el periodismo. Hoy, además, la lectura de sus crónicas, relatos, cuentos y novelas nos permite recuperarlo y reivindicarlo como intelectual porque sus textos constituyen un camino que recorre un pasado no tan lejano que es necesario recordar. Y entonces sí *no habrá más penas, ni olvido*.